

Cuentos 1

Historias que escuché

Fernando Suárez Obando

Suárez Obando, Fernando

Cuentos 1 historias que escuché / Fernando Suárez-Obando. -- 1a. ed. -- [Colombia] :
F. Suárez Obando, 2017 (AutoresEditores.com).

64 p.

ISBN 978-958-48-2764-7

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1014977

Cuentos 1 – Historias que escuché

Fernando Suárez-Obando

Corrección de estilo

Ana María Correa

Diagramación

Verónica Prada

Diseño de carátula

Juan Manuel Masiero

ISBN 978-958-48-2764-7

Primera edición: diciembre de 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impresión y distribución

autoreseditores.com

Contenido

Resaca de sostén incógnito	7
La vida corta.....	11
Testigo	21
Ernesto, ¿uno qué hace?	25
Inocentes	31
Para ti Nubia, con Amor, Jorge.....	35
Mingitorio.....	51
Señores pasajeros, soy víctima del cosmos	59

Resaca de sostén incógnito

Paz, eso era lo que buscaba después de la juerga con cava y bocadillos; caminé hasta la plaza del Portal de la Paz, pensaba en saltar luego a la Rambla para encaminarme hacia el hogar, pero no pude avanzar más y decidí sentarme en la base circular del monumento para acompañar a los leones.

Deliraba en un estado mixto entre lo onírico, la ebriedad y el aura previa a la convulsión. Mi cuerpo flotaba; cerca al suelo, mi cabeza abarcaba el mundo porque era magna; la testa inflada de helio encumbraba mi cuerpo haciéndome avanzar suavemente al capricho del viento. Se necesita es paz, silencio y un lugar para contemplar la vida. Eso es todo y nada más.

Pensé que esa paz momentánea estaría en medio de los leones, debajo del almirante, en mansa armonía con olor a puerto. La paz para extrañar la tierra. La paz para convencerse de que lo que hace falta es volver. En medio de las meditaciones del borracho vi que desde el pasaje Colón se acercaba una pareja, caminaban por la calle desierta, indiferentes a la madrugada, caminaban impávidos y desafiantes hacia los leones. Simulaban una masa heterogénea de carne y ojos, como siameses en lucha a cuatro brazos, ella sobre él, él se

defendía, él sobre ella, ella se protegía. Empujones y luego abrazos forzados, muecas de desprecio cada vez que él trataba de robarle un beso. A unos diez metros de mí, pude distinguir sus rasgos. A cinco metros, hubiera podido pintarlos.

El hombre era un gordo de hombros lisos, patillas setenteras, gafas de marco dorado y una pelusa incipiente sobre el labio, un bozo impreciso que parecía mugre y no el bigote de un varón. Ella era una mujer delgada, trigueña de pelo negro y liso, su nariz era prominente pero la cara tenía gracia, elegancia. Tal vez por su juventud conseguía que la nariz fuera lo de menos, su frente era pequeña, labios carnosos y las puntas de las orejas sobresalían entre los mechones de pelo que se escurrían hasta lo hombros.

Se quisieron, pero el amor estaba apagándose y, a medida que el tiempo pasaba, crecía la brecha entre el joven gordo y la mujer famélica. Quisieran empezar de nuevo, envidiarían sentir de nuevo, profesar en blanco y gozo lo que ahora es fastidio y desesperación, apasionar la presencia del otro como una bendición, sentir que, a pesar de la fealdad del hombre, el amor es feliz en despertares al lado de ronquidos y almohadas baboseadas, sentir que, a pesar de la falta de carnes, un seno es un seno así sea pequeño, un seno es un seno de deseo cuando se ama, se ambiciona y se posee.

Los abrazos forzados y los besos desganados eran estertores de un amor que agonizaba, luchaban mientras marchaban, dirigiéndose hacia mí, al sofista embebido en la jauría. Venían cada vez más cerca, más cerca, más y más; la masa de siameses se escindía, se unía, se separaba y volvía a ser una sola ante la insistencia de un hombre que destilaba desespero. Cuando los siameses estaban a tres metros, podía leer en los gestos de sus caras la ilusión extraña de su recíproca atracción, la historia de dos seres seducidos mutuamente por sus cuerpos y sus palabras, atraídos, cautivados y apresados a pesar de ser un par de entelequias lejanas a sus ideales.

Un día ella lo llevó a casa para que conociera a la mamá; el gesto de sorpresa de la madre ante el exabrupto de amor quedó estampado en las cejas de la flaca. En la nariz bulbosa del joven se leía el ahogo y los gemidos de la primera noche, también su primera vez. Ella desde entonces vivía con cara de asombro y él respiraba con congestión nostálgica: primera noche, primera vez, única noche y un nunca más. Esa historia era obvia en las cejas y la nariz, sus caras eran partituras de cuentos y novelitas de verano. Para leer las partituras sólo hacía falta estar a tres metros de los brazos belicosos, recordar viejos amores y fijar el ritmo en las cejas de la flaca abandonada.

Estaban tan ensimismados en su batalla final que no se percataron de mis ojos o, tal vez, mi posición al lado del León de bronce camuflaba mi imprudente presencia, discutían reclutando más brazos combativos y, en medio del fragor, el patético ruego del hombre derrotado —aún te quiero, deja que lo veas, deja que así sea—. Ella permanecía a la defensa, inmovible y decidida —no más, nunca más—. Y se acabó. Y ella movía el brazo derecho, estirando el índice y señalando el mar, coreografiando a Cristóbal, indicándole al fracasado amor que siguiera la senda de la lejanía.

Permanecí en silencio, ocho leones, un ebrio, una pareja que parecía un diez y un amor que se derretía a medida que nacía el sol. No me atrevía ni a respirar, ni sabía cuándo podría irme, la escena parecía eterna, se movían tan repetitivamente que después de parpadear mil veces estábamos como al principio, ocho leones, un ebrio, una pareja que parecía un diez, un amor un poco más derretido y el paseo con palmeras de aire tropical.

En medio del forcejeo, él le quito a su niña una maleta cruzada color gris, cuando él la tuvo en sus manos, se hizo el silencio y la discusión cesó. Ella permaneció impávida y pálida, molesta porque sus pertenencias estaban en manos del quejetas, él sabía que tenía un punto a favor y sin saber cómo usar la ventaja, lo único que se le ocurrió al bozo de tonto, fue usar la maleta como

martillo, imaginar la bolsa como bola de metal y la agarradera de cuero como empuñadura.

Un par de volteos, apoyo, doble apoyo, tres giros y a volar. Él sonríe mientras la maleta viaja de nuevo hacia el paseo Colón. Ella al fin estalla en llanto y sus cejas cambian de partitura; hay odio y arrepentimiento, en las arrugas de la frente aparecen cada una de las féminas amigas, todas diciendo en coro: “Te lo dije, flacucha, te lo dije.”

La maleta va, vuela. Los leones y yo la seguimos con la mirada y encojemos un poco los hombros cuando el bulto se estrella contra el pavimento. Aterrizo y un segundo después, se desparraman los cosméticos y carteritas, llaves, pañuelos, pañoletas, chicles, un teléfono desecho, un par de esposas forradas con peluche rosa, lápices de colores, un tubo de óleo blanco y un sostén enorme. Al menos uno de los leones se percató que ese sostén no podía ser de la flaca, la que ahora considerábamos nuestra amiga. ¿De qué fiesta vendrían? ¿De quién sería el brasier? Tal vez del propio hombre. El gordo tetón ve cómo cae el bolso, da la media vuelta y camina apresurado hacia el Pasaje de Josep Carner. Ella se enjuaga los ojos, calla, agacha su nariz escondiendo su vergüenza entre el pavimento y camina al fin separándose del ingrato:

—¿De qué se trata el amor cuando el amor se rompe?

Ambos desaparecieron de mi panorama, cada uno huía hacia lados opuestos del paisaje, el día resplandecía, despuntaba el sol, el cercano mar, la sed, la necesidad de una cama.

Paz, eso era lo que buscaba. Salté hacia la Rambla en busca de mi hogar y pensé que, en 15 años tal vez, ella recordará el episodio y él llegue a creer que hizo algo heroico y morirá sin saber de quién era el sostén ni quién se puso las esposas de peluche. Sólo estoy seguro de que, aunque ellos sepan que el testigo fue Cristóbal, nunca sabrán que estuve allí. A veces es bueno ser invisible.